

## «Reisen, reisen, reisen»

Consideraciones sobre la edición ilustrada de «*El reñidero español*» de Franz Borkenau.

A esta nueva publicación de *El reñidero español* de Franz Borkenau, sumamos nuestro trabajo de investigación fotográfico, resultado del estudio de los dos diarios contenidos en la obra. Tras el consecuente rastreo de archivos, revistas, catálogos, periódicos en busca de fotografías muy concretas, hemos intentado ser rigurosos en nuestra propuesta de imágenes. Queríamos que éstas reprodujeran de forma precisa los hechos, el ambiente, las impresiones, y los análisis realizados por el autor. Nuestro objetivo es doble: complementar y enriquecer el texto, con imágenes verídicas, de instantáneas tomadas justamente en las fechas y lugares aludidos en los diarios, y que, a su vez, el texto situara y explicara imágenes más o menos conocidas, a menudo extraviadas en los textos.

Este celo nos ha llevado a visitar parte de los lugares, en los que hemos consultado información local, hablado con sus historiadores, con algunos fotógrafos que mantienen la profesión a lo largo de varias generaciones, con testimonios directos de los hechos narrados en pueblos, como en Alia, provincia de Cáceres, donde nos sorprendieron las campañas que avisaban de la muerte de uno de los posibles testimonios cada vez más escasos.

Somos concientes de que nos encontramos ante un trabajo inabarcable, y afortunadamente abierto, ya que el legado de la generación tan mermada de la guerra aflora en los recientes descubrimientos fotográficos surgidos de olvidadas o escondidas cajas de galletas, maletas... También hemos podido observar que hay gran cantidad de material archivado, pero en algunos casos sin estudiar, ni informar, o con imprecisiones que han dificultado nuestra búsqueda. Aun así, nos sentimos afortunados del resultado de nuestra investigación, por varias razones que queremos reseñar.

Borkenau no viajó solo a España. La guerra española había despertado un interés inusitado en Europa y América. Lo que aquí ocurriera, les afectaba muy directamente. Prueba de ello es la llegada de numerosos enviados especiales de diversos periódicos o revistas, a uno y otro bando, dispuestos a informar a sus lectores acerca del desarrollo de los hechos. Algunos vieron en su trabajo la oportunidad de luchar por sus

ideales. Entre ellos se contaban fotógrafos que con sus flamantes cámaras (Leikas y Rolliflex), rápidas, ligeras y capaces de capturar hasta treinta fotografías por carrete, iban a iniciar, en este escenario, un nuevo fotoperiodismo muy directo, desde el frente, en las trincheras, y desde la retaguardia, entre la población civil. Sus fotografías, cargadas de razones e intenciones, difundieron el entusiasmo, las heroicidades, denunciaron situaciones, y nos han dejado un testimonio que tiene mucho por desvelar.

Siguiendo al autor en sus desplazamientos, descubrimos el proceso por el que pasaban los reporteros debidamente identificados: presentación ante los comités, y salvoconductos del comisariado de propaganda, que abrían el paso ante los innumerables controles establecidos por los milicianos a las entradas de los pueblos en la carretera. Todos los implicados coinciden en las descripciones, y cuentan cómo el comisariado les facilitaba coche y chófer que les acompañaría hacia los lugares convenidos donde se estaba decidiendo la suerte de la República y la revolución.

Juntando información, enseguida detectamos coincidencias entre personas, fechas y lugares, lo que sería una de las claves de nuestro trabajo. Elaboramos un calendario y vimos cómo el día en que Borkenau llegaba a España en tren por Portbou, el 5 de agosto del 36, también lo hacían dos jóvenes fotógrafos, Gerda Taro y Robert Capa.

Un mes antes también habían llegado a Barcelona un par de fotógrafos enviados por la revista *Vu*, Namuth y Reisner, dispuestos a filmar las olimpiadas alternativas organizadas en esta ciudad. Aquí, coincidieron con otros fotógrafos locales, que estaban realizando su labor como reporteros, armados también con las nuevas cámaras, preparados, con técnica y sentido artístico, entre los cuales se encontraba el joven Agustí Centelles, que vería publicadas sus fotografías tanto en periódicos locales como extranjeros. Algunos acontecimientos, como la quema de iglesias, fueron fotografiados casi a la par, desde ángulos distintos, por varios de ellos, habiendo podido incluso haberse retratado mutuamente.

Barcelona fue plataforma de lanzamiento hacia el frente de Aragón para Borkenau y el resto de periodistas (como los que viajaron en un coche fletado por el Comité de Propaganda, el joven escritor Cornford y el representante del *La Flèche* de París que hemos identificado como Jean Martin). Tener carné era una buena presentación para obtener salvoconductos, pero contagiados por el entusiasmo que se vivía en los primeros momentos de la guerra, pasarían de profesionales a protagonistas, enro-

lándose en las milicias, y perdiendo la vida en el caso de Cornford, y resultando herido en el de Jean Martin.

Borkenau escribía, reflexionaba, analizaba, mientras otros seguían con su labor. El ambiente eufórico y radical, los hechos y algunos personajes no pasaban desapercibidos para nadie, como el general Farrás en Fraga, alojado en el mismo hotel que Borkenau, hotel que sigue existiendo en la actualidad.

Ya en Madrid, camino hacia el sur, en coche de nuevo, Borkenau viaja con Reisner y Namuth. Toledo, Ciudad Real, Alía, Bailén... Nuestro primer hallazgo fue localizar las fotografías conservadas de estos fotógrafos. Internet fue la clave, gracias a las referencias de dos catálogos de distintas exposiciones de dichos autores que pudimos conseguir. Abrir los paquetes de los libros llegados de América y de Alemania y descubrir las fotografías de Barcelona, Toledo, Extremadura, Madrid..., tomadas al lado de Borkenau, fue emocionante, pero además nos sorprendió la existencia de un diario paralelo en el que Namuth describe los mismos episodios vividos por Borkenau. Estas fotografías eran justamente *las fotografías*: El asalto del Alcázar, campesinos, y un lapso hasta Cerro Muriano, posiblemente por la pérdida de negativos, pero que cubrimos, entre otras, con una expresiva instantánea de jóvenes revolucionarios socialistas descubierta a partir de una publicación local referente a Alía.

Siguiendo con el diario el viaje hacia el frente de Córdoba. En nuestro calendario se produjo una nueva y crucial coincidencia, aunque no casual: el día 5 de septiembre de 1936, cuando Borkenau y nuestros fotógrafos llegan a Cerro Muriano, Robert Capa y Gerda Taro estaban haciendo su reportaje sobre los milicianos, que daría al fotoperiodismo una de sus páginas más brillantes. Las instantáneas de los aguerridos milicianos, su caída o muerte sorprendida al vuelo, y la inmediata huida de la población condenada a la categoría de refugiados entraban con pleno derecho en nuestra selección culminando su primer viaje.

No tardó mucho en regresar Borkenau, para comprobar el giro que estaba dando la guerra, y con él, los ideales, la euforia y la anarquía. En Barcelona era plausible el proceso de control comunista y una cierta normalidad se había impuesto en la calle, hecho que hemos comprobado en las imágenes, muchas de Agustí Centelles, testigo principal al lado

de fotógrafos como Pérez Rozas y Puig Farrán, entre otros. Del mismo modo ocurría en Valencia, lugar donde había llegado el gobierno, y que todavía vivía una cierta calma, interrumpida por la llegada de refugiados. Hemos encontrado en estas fechas y en esta ciudad el testimonio del fotógrafo *Finezas*, al lado de otros entre los que está de nuevo Gerda Taro. De Valencia a Murcia, Alicante, camino de la castigada Málaga, destino diferido de Borkenau. Problemas con el transporte por la falta de combustible son anuncios de precariedad. A su llegada, asiste al final, la ciudad cae ante el avance de los nacionales, que provocarán una de las escenas más dramáticas, el bombardeo de la carretera de Almería, que tuvo como blanco a la indefensa población civil que huía sin remedio después de soportar el duro asedio protegidos algunos en el interior de la catedral. Uno de los recientes descubrimientos han dado imágenes a este episodio. Son las fotografías de Hazen Sise, acompañante de Bethune, médico canadiense, voluntario, que con su nuevo método de transfusiones salvaría gran cantidad de vidas. Ellos acompañaron a la población en este cruel episodio que Sise inmortalizó con su cámara. El catálogo de una exposición con los documentos rescatados nos ha brindado nuevamente las imágenes decisivas.

Y finalmente, siguiendo la ruta de los refugiados, Valencia de nuevo, donde llegaría seguramente un poco más tarde, Katty Horna, fotógrafa húngara gracias a la cual conocemos la intimidad de los personajes que vivían en la retaguardia. Nuestras vistas se acaban con un hallazgo azaroso en un puesto del Mercat de Sant Antoni de Barcelona, el faro de la costa cercana a Portbou.

En nuestra propuesta hemos querido transmitir el continuo viaje que se desprende del diario y tal como destacaría Namuth, «reisen, reisen, reisen...» tránsitos descritos con detalle por Borkenau.

Sin desviarnos de nuestro empeño, hemos seleccionado fotografías de distintos autores, intentando ampliar al máximo nuestro abanico, y hemos comprobado las distintas miradas y la evolución de las mismas. Confundimos en principio a Capa y Taro en sus planos perfectos, cercanos, de milicianos que habían tomado la ciudad en sus preparativos para acudir al frente, y que posaban en una Barcelona universal que festejaba la revolución. El formato distinto de sus cámaras (cuadrada la Roliflex de Taro y rectangular la Leica de Capa) no constituía una pauta fiable, ya que solían intercambiárselas y fotografiar el mismo sujeto. Tampoco ayudan en este sentido los documentos de envío a la agencia,

ya que se expedían de manera rápida omitiendo algún nombre o confundiendo con ellos. Hemos notado su paso por los frentes y les hemos visto un nuevo enfoque, más veraz, menos heroico y propagandista, más arriesgado, emotivo y acusador, sin perder en belleza. Paralelamente encontramos la mirada de Centelles, efectiva, más abierta, de planos más generales, narrativos en los que pesa la historia, la acción y la vida común en las ciudades, cual fotograma de su compañero, el cineasta Berenguer, a la par que Sagarra y Brangulí. Reisner y Namuth, en una sola firma, viven más la retaguardia, si exceptuamos Toledo; intimistas, observadores, en algunos casos detallistas, sus fotografías se suman al resto de testimonios, muchos de ellos anónimos.

Las fotografías que incluimos reflejan cómo la mirada de los fotógrafos evolucionó a la par que el conflicto. La euforia, la heroicidad abren paso al desencanto de la guerra y a miradas más humanas, y a la denuncia de las tragedias.

Ha sido emocionante trabajar con este material, germen del fotoperiodismo, y campo de experimentación de jóvenes fotógrafos que vieron en el conflicto español la oportunidad de luchar por una libertad amenazada y, en algunos lugares, ya perdida; llegaron hasta aquí cargados de ideales, asumiendo un riesgo que en muchos casos le condujo a la muerte, antes (Gerda Taro muere en Brunete en 1938, Reisner se suicida en 1940, la víspera de ser trasladado al campo de concentración de Les Milles), o después (Robert Capa morirá víctima de una mina en Vietnam, en 1954, y Chim en el año 1956 en Qantara, en el canal de Suez). Hans Namuth, en cambio, se convertiría en el fotógrafo de los artistas americanos y de la moda, y en el catálogo de una exposición organizada en marzo de 1977 por la Galería Leo Castelli de Nueva York sobre las fotografías de la guerra civil, que dedica a su compañero ausente, confiesa que todavía sentía el estruendo de las bombas y le pesaban algunos episodios vividos y fotografiados y concluye que para él España tenía que ver con la juventud y la creencia en la libertad.

Hemos acompañado las fotografías de algunas noticias de prensa escrita y gráfica que vio y leyó Borkenau, y que están presentes en sus descripciones.

Queremos agradecer la ayuda de las personas que nos hemos ido encontrando: en primer lugar, a Sergi Centelles, por las facilidades que nos dio; a Marià Román, coleccionista fotográfico de Portbou; a los ayuntamientos de Castro del Río, Montoro, Andújar y Bailén; a los diferentes archivos, al alcalde de Alía y a uno de los vecinos de esta localidad, que nos narró su historia; también queremos dar las gracias a la familia de

Pozoblanco que nos abrió su biblioteca, a nuestro amigo Alberto Merino, que nos descubrió al periodista de *La Flèche* de París y que fue nuestro traductor del diario de Namuth. A todos ellos, gracias.

MARIA ROIG y FERNANDO CASAL, Barcelona, 2010